

Nada grave va a suceder en esta ciudad

*Elizabeth González Torres**

*En honor a Gabriel García Márquez¹
y a los normalistas desaparecidos en Ayotzinapa²*

En un pequeño apartamento de la ciudad, se despierta un jovencito con la cara enmarañada y los ojos decaídos. La noche anterior fue larga y de fiesta. Su padre lo espera en la mesa, con algunos trozos de bolillo y café para que juntos desayunen. El joven sale de su habitación con cara de pocos amigos. Se sienta frente al televisor y lo enciende. Toma con brusquedad un pedazo de pan que no tarda en convertirse en piedra y sin más se lo lleva a la boca. El padre lo mira sin querer y entonces se percata del gesto despreocupado de su hijo. Le pregunta ¿Qué te pasa? ¿Qué te hace tan feliz? El chico responde con una sonrisa, sin apartar su mirada de la desgastada pantalla:

—Tuve un presentimiento...

—¿Un presentimiento?— Cuestiona nuevamente el padre.

—Sí, un presentimiento, presagio, alucine, debraye, dile como quieras— El joven se queda en silencio un par segundos, mientras sus ojos reflejan la imagen de 43 cuerpos, aparentemente quemados, que son la nota principal del noticiario matutino. El padre lo mira con ansias como esperando volver a nacer —Creo que nada grave va a suceder en esta ciudad— Termina de decir el chico al mismo tiempo que le da un sorbo a su taza de café.

* Egresada de la Licenciatura en Derecho de la UAM-Azcapotzalco; Estudiante de la Licenciatura en Creación Literaria de la UACM.

¹ “Algo muy grave va a suceder en este pueblo”, cuento de la autoría de Gabriel García Márquez pronunciado por primera vez en agosto de 1967.

² 43 estudiantes de la Escuela Normal Rural, Raúl Isidro Burgos, ubicada en el municipio de Tixtla en el Estado de Guerrero (México), desaparecidos desde el día 26 de septiembre de 2014.

Frunciendo el ceño, el padre se levanta de la mesa y sale del departamento sin decir una sola palabra. —¡Chamaco imbécil!— piensa internamente aquel hombre que ya se está convirtiendo en anciano. Camina hasta la parada del camión, ahí se encuentra a su compadre que también va a trabajar. Ambos son viejos y están cansados, pero no queda de otra, sino trabajan no comen. Toman el camión que los lleva como reses enlatadas. Brincan, se empujan, se caen, se enojan, pero todos van sin decir nada. De pronto, el padre del joven que tuvo el presentimiento suspira fuertemente. El otro anciano lo escucha y le pregunta:

—¿Por qué suspira compadre?

Y entonces responde:

—Nada... Sólo que me quedé pensando en mi muchacho... ¿Sabe?... Tuvo un presentimiento... Dice que nada grave va a suceder en esta ciudad.

El compadre lo mira como incrédulo, pero no le da tiempo de decir nada, la parada donde baja ha llegado ya. Así que se despide secamente y baja del camión. Casi se cae porque el chofer arranca sin que el anciano ponga sus pies en el piso. Mira alejarse el autobús, lleno de rabia, y como siempre, una vez más no dice nada. Llega a la construcción en donde trabaja. Se dispone a hacer la mezcla de ese día, pero entonces se le cae la bolsa del cemento y se derrama por completo. Seguramente se la descontaran del pago de su día, que por cierto no llega ni a los 60 pesos. Un hombre medianamente joven con varios moretones en el rostro, se le acerca y lo ayuda. Le pregunta si se encuentra bien y el anciano comenta sonriente:

—Creo que sí... Sólo que me acordé de algo y me distraje... Nada importante— El anciano se queda pensativo algunos segundos y después dice reflexivamente— Por la mañana me encontré a mi compadre... Me contó que su hijo tuvo un presentimiento... Dice que nada grave va a suceder en esta ciudad.

El otro hombre lo mira con un gesto de duda. Se aleja de él sin decir nada más. Se queda pensativo toda la mañana en aquello que escuchó, hasta que llega la hora del almuerzo. Se mira el bolsillo y sólo encuentra dos monedas. La noche anterior lo golpearon como bestia y le robaron toda su quincena. Fueron dos chamacos que sin duda ya andan en drogas, alcohol y mujeres. Años atrás los vio crecer en su colonia. Pero intenta olvidar que los conoce para no hacer más grande aquel asunto. Llega hasta la fonda en donde come. Le pide fiado a la dueña del lugar. Ella lo mira con recelo, como pensando ¿Otra vez? Pero no le niega la comida. Después de todo, sabe que le pagará la siguiente quincena. En la radio se escuchan algunas noticias de gente caminando y reclamando por las calles que tan solo obstruyen el tránsito de la ciudad. Seguro que es por aquellos 43 cuerpos del noticiario de la mañana. El hombre escucha aquello que se dice pero no entiende de qué se trata. Sinceramente no le interesa. Le sirven el plato repleto de arroz y frijoles. Se da cuenta de que eso será lo que comerá en todo el día. Toma la cuchara con debilidad y sin saber por que la deja caer. De inmediato se acerca la dueña del lugar y la levanta. Mira al hombre fijamente. Se percata de sus golpes y abstracción. Y entonces como dudando pregunta:

—¿Todo bien Señor?

Él le regresa su mirada profunda, que ya se ha tornado obscura y desesperanzada. Los labios y manos le tiemblan del hambre, pero hace un esfuerzo por responder a lo que le han preguntado:

—Todo bien— Responde él con la voz temblorosa y sin quitarle la vista de encima. Ella se queda mirándolo como esperando escuchar algo más y él, después de algunos segundos de silencio, pronuncia quedamente como no queriendo que nadie lo escuche— ¿Le puedo decir algo que me trae pensativo? —La mujer asienta dudosa con la cabeza— Me dijeron que un joven tuvo un presentimiento... Según él, nada grave va a suceder en esta ciudad— Termina de decir el hombre mientras se lleva desesperadamente una cucharada de arroz y frijoles a la boca.

La mujer lo mira sin saber que decir. Sonríe entre nerviosa e indiferente. Camina de nueva cuenta a la cocina y continúa con su labor. Después de algunos minutos, el hombre se levanta de la mesa y hace una señal de que regresará otro día a pagar. Ella asiente desde donde está parada y lo mira alejarse. Por la tarde la mujer regresa a su casa. Está enferma y sin dinero. Sabe que pronto morirá, pero como todos en esa ciudad, se resigna sin queja alguna. Toma sus medicamentos de una pequeña repisa en donde tiene dos fotografías con algunas veladoras a los costados. Se detiene en ellas y las mira, son sus hijos que se fueron hace años y jamás han regresado. Si están vivos o muertos, no lo sabe, pero soñar no cuesta nada, así que cada día pega la cabeza a la almohada con la esperanza de verlos volver.

De pronto le viene a la memoria aquello que escuchó en su negocio y sin más decide ir a contarle a su vecina. Pero ha llegado tarde. Para esas horas del día aquel presentimiento que se convirtió en rumor, ya se expandió por toda la ciudad. Su vecina le dice entre indiferente y resignada:

—Estése tranquila. Todo va a estar bien. Mi abuelo decía que un presentimiento juvenil define el futuro.

Aquello le parece tan irónico como escalofriante a la mujer de la fonda. Pero sólo le sonrío a su vecina, quien por años se ha matado trabajando para mantener a sus hijos que ya rebasan los treinta y nunca estudiaron, y mucho menos trabajaron.

Curiosamente, la ciudad que por años ha estado indignada, podrida, dolida, hundida en pobreza, hambre, dolor, sangre, muerte... ahora vuelve a respirar. Se organiza una fiesta. La gente asiste. Se miran entre sí con cierto desdén, a pesar de que todos padecen la misma desdicha. Llega el padre del joven que tuvo el presentimiento, llega el compadre, llega el hombre sin quincena, llega la mujer de la fonda, llega la vecina, llegan y llegan personas pensando encontrar lo que no encontrarán. Ninguno sonrío. Sólo suena la melancolía, que como música anima todo aquel barullo que asfixia la sed de justicia, que pronto olvidaron saciar.

De inmediato, el joven que por la mañana tuvo el presentimiento y que ahora ha puesto en aparente frenesí a la ciudad, se acerca a la ventana principal del departamento donde vive. Ve gente corriendo, gritando, llorando, viviendo entre llamaradas de crueldad e injusticia que queman sus sueños, esperanzas, ilusiones...sus vidas mismas. Pero como todos en aquella triste ciudad, no dicen nada y siguen viviendo.



Entre la multitud, el joven vislumbra a un anciano. Se parece a su padre. Pero no lo reconoce. Lo mira quemarse y morir sin piedad. No le importa. Está preocupado por llegar mañana temprano a la escuela. Se aleja de la ventana como si no hubiera visto nada. Cierra las cortinas y apaga las luces. Se acuesta en la cama que fría lo recibe. El joven se cubre con la manta de indiferencia bajo la que duerme todas las noches y entonces, con los ojos a punto de cerrarse, alcanza a pronunciar tan quedamente lo que apenas se puede creer:

—Bien se lo dije a mi padre... nada grave va a suceder en esta ciudad.

FIN